

José Andrés Martínez Martínez

Incredulidad primero, indignación luego, dolor son las sensaciones que nos provocaron la noticia de la muerte violenta, injusta, cobarde y sin sentido de José Andrés Martínez Martínez, para nosotros antes, ahora y siempre, Pepe.

Quisiera evocar la figura de Pepe desde un punto de vista diferente. No ya desde el de sus indudables méritos científicos y académicos, ni desde sus funciones como dirigente, sino como el amigo que fue y que lamentablemente hemos perdido.

Nos encontramos por primera vez allá por el año 1979 en Villa Giardino, Córdoba, donde se hacía el XVI Congreso de la Cardiología Argentina. Éramos jóvenes entonces y no imaginábamos que iniciábamos un fecundo intercambio de afectos y de ideas.

Nuestros caminos volvieron a cruzarse cuando, en 1993, Marcelo Elizari, entonces Vicepresidente de la SAC, nos convocara para integrar el Comité Científico del Congreso de ese año. Allí compartimos un año de intenso trabajo donde todos nosotros conocimos su enorme capacidad de trabajo, lo actualizado de sus conocimientos científicos, su honestidad inquebrantable, su sentido del humor y su amistad permanente.

Desde entonces compartimos una trayectoria similar dentro de la Sociedad Argentina de Cardiología, signada por el profundo amor y compromiso que sentimos siempre por nuestra SAC.

Fue Prosecretario en 1994 y 1995, Vicepresidente segundo en 1997, Vicepresidente primero en 1998 y Presidente en 1999. Después asumió la Presidencia de la Fundación Cardiológica Argentina hasta su muerte.

Durante estos 10 años de trabajo constante se produjo en la SAC un crecimiento exponencial del que Pepe fue uno de sus máximos artífices.

Como todo crecimiento, fue por momentos feliz y en otros traumático. Con Pepe coincidimos la mayoría de las veces, disentimos algunas, nos respetamos siempre ...

En el momento de escribir esta nota siento mis ojos velados por alguna lágrima que aparece al evocar la figura de quien fuera una persona íntegra, un dirigente de excepción, un amigo de verdad.

No puedo dejar de recordar algunas anécdotas que no hacen sino engrandecer la imagen que tengo de él.

En ocasión de pasar por un duro trance personal, Pepe se me acercó y me dijo “Fuerza querido ..., si me necesitás, sabés que estoy”. Dicho en el momento justo, ofreciéndose a compartir el problema en la medida en que uno lo necesitara, para escuchar sólo lo que uno quisiera transmitir.

En otra oportunidad disentimos respecto de las políticas societarias; sin embargo, hablábamos cada sábado durante un par de horas por teléfono tratando de hallar caminos que nos llevaran a la coincidencia.

Una vez que nos encontramos después de cierto tiempo sin hablarnos, decidí hacerle una broma y le dije “te acordás cuando éramos amigos”, para qué ... se enojó, me costó bastante explicarle que sólo era un chiste.

Luchó en forma permanente por nuestra amada Sociedad, tanto en Buenos Aires como en los Congresos en el exterior. Trabajó para conseguir que nuestra Sociedad tuviera un lugar relevante en la Cardiología Sudamericana, Interamericana y Mundial, buscó coincidencias para hacer entender que la Cardiología debía tener un rol protagónico en los Consejos de Resucitación Cardiovascular.

Muchas veces tuve la alegría de festejar con él, acompañados por nuestras esposas, Teresa e Isabel, alguna fecha personal e íntima donde compartíamos algún vino y hablábamos de la Sociedad mientras ellas aguantaban con estoicismo que cambiáramos nuestro tema excluyente.

La situación del país no escapaba de sus preocupaciones: la violencia, la corrupción, la ineptitud, las prebendas, los malos políticos lo lastimaban profundamente.

Quería intencionalmente a su país, a su familia, a su Hospital, a su Sociedad, a su Fundación, a sus amigos.

Pepe, te recordaremos siempre, te extrañamos mucho, dejaste una huella, quiera Dios que no nos apartemos de ella.

Ya volveremos a encontrarnos y reanudaremos nuestras conversaciones.

Dr. Horacio José Faella